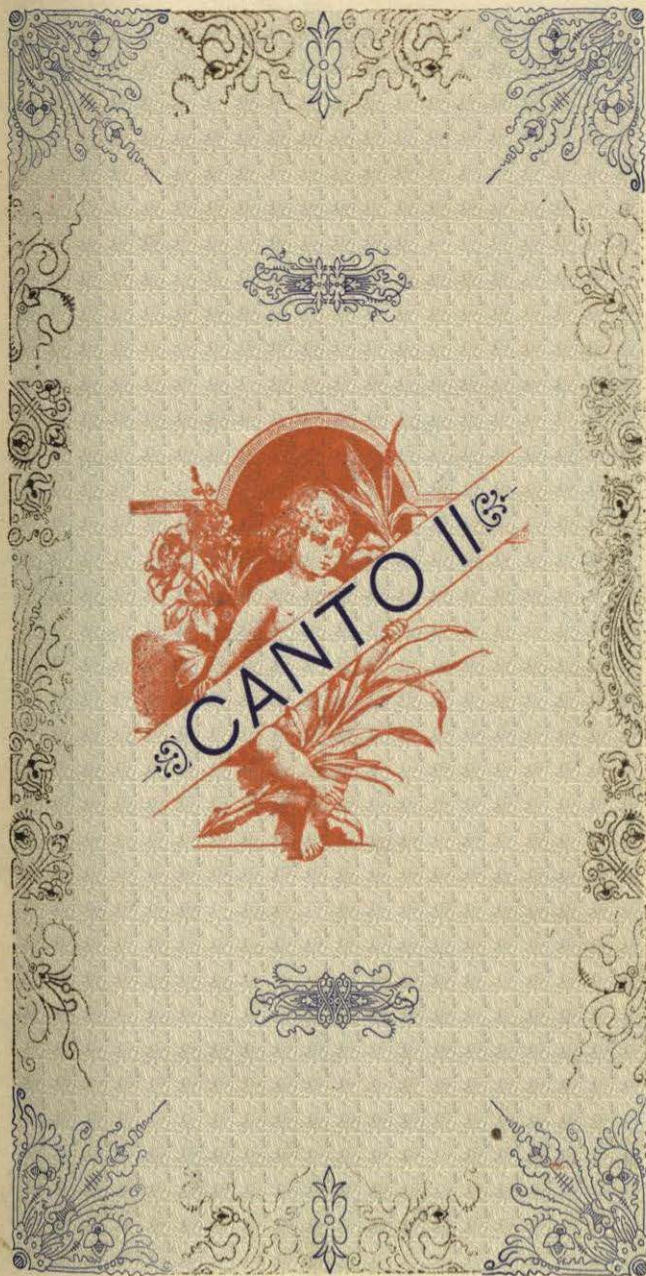
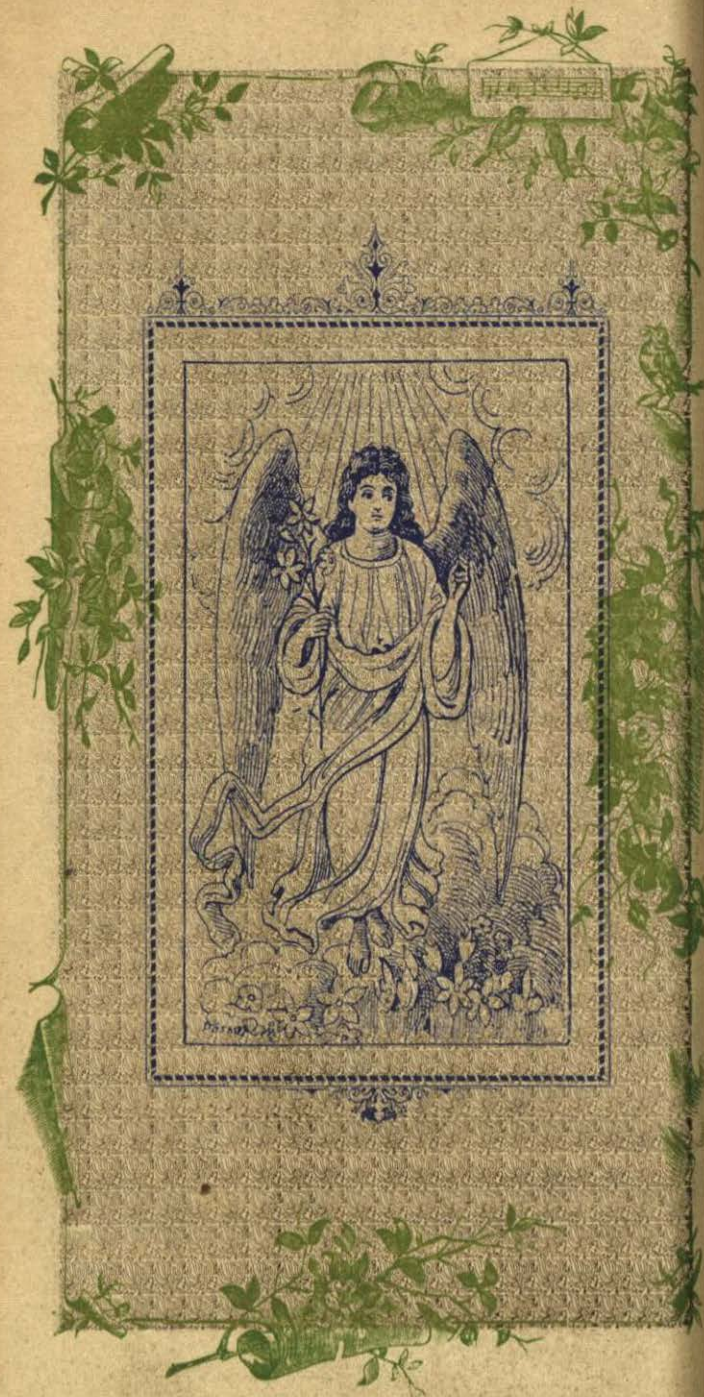


Esto cantó Miguel, mientras su vuelo  
Atónitos los astros suspendían,  
Y los áureos alcázares del cielo  
De más fúlgidas galas se vestían;  
Mientras, sintiendo su profundo duelo,  
Del Tártaro los antros remugían;  
Esta fué del amor la gran victoria,  
Esta la aurora de la humana gloria.





## CANTO II.

Con vivas ancias la terrestre esfera  
Ya se baña en los nítidos fulgores  
De esa aurora que alegre, placentera  
Despuntaba entre cándidos albores:  
Como al nacer la rubia primavera,  
Su sonrisa esparciendo y sus colores,  
Sacude el campo su tristeza y luto,  
Y brinda al labrador ópimo fruto:

Así otro tiempo el orbe, aletargado  
Por las brumas del sueño perezoso  
Que los siglos sobre él han condensado,  
Hundiéndolo en la inercia y el reposo;  
Cuando vió, ya en girones desgarrado,  
Despejarse ese toldo tenebroso  
Que espesísimas nubes le tendían,  
Y en sombra y en tinieblas lo envolvían:

Ebrio de dicha, estático, aturdido  
Saludó alegre por la vez primera  
Al astro rey, que de gran luz vestido,  
Desciñéndose el áurea cabellera,  
Opalos y granates, desmedido  
Le enviaba sobre el monte y la pradera;  
Y al ver el mundo sus cadenas rotas,  
Vibró de su himno las primeras notas.

Apena entre destellos tan amables,  
Asomaba esa era de ventura  
En pos de tantos siglos lamentables;  
Cuando el Sumo Monarca de la altura,  
[Al realizar sus miras inefables,  
Marcadas de su amor y su ternura]  
Hizo brillar, cual nunca majestuoso,  
Su arco irisado en el empíreo hermoso;

Y llama hacia los altos pabellones  
Que su trono cobijan ampliamente,  
Uno de los innúmeros campeones  
Que le forman su corte reluciente,  
Y entre miles de angélicas legiones  
Gallardo alzaba su gallarda frente;  
Era Gabriel, Gabriel en cuyo nombre  
La fuerza de Jehová descifra el hombre.

Este fué el noble Arcángel escogido  
Cual real embajador y mensajero  
Al humano linaje distinguido;  
Él, semejante al húmido lucero  
Que roza de las sombras el vestido,  
Y el sueño nocturnal rompe primero,  
Al astro del amor precedería  
Para anunciar el suspirado día.

Reverente Gabriel al solio llega  
Del que manda al rugiente torbellino,  
Su frente abate, su cerviz doblega,  
Pendiente, absorto en el querer divino;  
Los labios el Altísimo despliega,  
Y empuñando su cetro diamantino,  
Así el Sacudidor del firmamento  
Le hace escuchar su poderoso acento:

“Una misión de paz, misión, sublime,  
(Un mensáje el más noble) te confío:  
Ya se llegó para el mortal que gime  
El tiempo de mostrarle el amor mío,  
De humillar al verdugo que le oprime,  
Y en escarnio trocar su poderio:  
Un pacto, una alianza soberana  
Celebrar quiero con la estirpe humana.

“Irá mi Verbo mismo á desposarse  
Con la ya moribunda descendencia,  
Alma y humano cuerpo vá á apropiarse  
Con eterna estrechísima coherencia  
Cual nunca entre lo creado podrá hallarse;  
Una Virgen de nítida inocencia,  
Le dará en sus entrañas maternas  
[Obra del Grande Amor] auras vitales.

“Esa alianza magnífica revela  
A la que Él por su madre ha destinado;  
Habita en Nazaret la pequeñuela,  
Donde Él mismo sus ojos ha fijado:  
Con un férvido ardor el orbe espera  
Oír este mensaje tan deseado;  
De esa Virgen tan sólo una palabra  
Hará que el cielo en un instante se abra.

“Ya sin tardanza los espacios hiende,  
Deja el olimpo, las estrellas deja,  
Y del mortal á la mansión desciende  
Donde se escucha del dolor la queja.”  
El Arcángel divino ansioso atiende  
La seña de Jehová; rayo semeja  
Cuando, la nube cárdena rompiendo,  
Al monte hiere con fragor horrendo.

Agita luego sus purpúreas alas  
Entre rojos matices y cambiantes,  
Rápido cruza las etéreas salas,  
Los atrios de zafiro y de diamantes,  
Más y más brillan sus divinas galas  
Al pasar por los astros, centelleantes,  
Que, de color cambiando, palidecen,  
Y sus ráfagas vivas se obscurecen.

Ya, acelerando su impetuoso vuelo  
Las mismas velocísimas esferas  
Ha traspasado el Angel en su anhelo,  
Ya las combas montañas altaneras  
Iban surgiendo sobre el bajo suelo  
Ya el piélago azotaba sus riberas,  
Ya la hirsuta melena descubría  
El Líbano que rígido surgía.

Ciérnese el mensajero finalmente  
Sobre una alta región de Palestina,  
Cuando clava su vista de repente  
En fragosa basáltica colina,  
Tajada por un flanco bruscamente;  
Allí sobre un crestón una mezquina  
Aldehuela mostrábase escarpada,  
De palmeras enhiestas coronada;

Era la humilde Nazaret. Ya en tanto  
Entre gasas de plata y flecos de oro,  
Esparciendo doquier plácido encanto,  
Campeaba leda entre el sidéreo coro  
La luna, faro de la noche: ¡oh, cuánto  
De su sonrisa el virginal decoro  
Alegraba esa noche de ventura  
En que palpita toda la natura.!

Del astro solitario al dulce brillo  
Vió el arcángel en blando movimiento  
Columpiarse el palmoso bosquecillo,  
Cual nido de verdura; más violento  
Entónces el alígero caudillo  
Más fuertes ondas imprimió en el viento,  
Hasta que al fin, sin agitar sus alas,  
Las virgineas tocó rústicas salas.

No de otro modo, al columbrar su presa,  
Enciende la pupila, se abalanza  
El águila caudal con gran presteza,  
Rápida pliega el ala en lontananza,  
Y descuélgase á plomo en la dehesa  
Do ejerce de su garra la pujanza:  
Así el arcángel al dichoso suelo  
Raudo bajaba, recogiendo el vuelo.

Del monte en una ceja, al medio día,  
Por frondoso sicómoro sombreada,  
Humilde casa, tímida surgía  
Que en la peña creyérase entallada;  
Una escabrosa bóveda se abría,  
Por columnas de roca sustentada,  
Do la hiedra, entre el musgo serpenteando,  
Trepaba, sus caireles enlazando.

En un rincón de aquellos pobres lares,  
A la luz de un fanal, ya moribundo,  
Una Virgen de rasgos singulares,  
[Ideal más bello no conoce el mundo]  
Elevaba, cual rítmicos cantares,  
Sus preces, en un éxtasis profundo;  
Todo el orbe esfumarse parecía  
De esa Virgen en torno: era María.....

La vió el Arcángel, y arredróse luego,  
Y de un santo temor sobrecogido,  
No osó turbar el místico sosiego  
De aquel pecho divino enardecido,  
Hoguera viva del sagrado fuego,  
Y hubo su gran mensaje diferido:  
Y ya al alto zenit, límpida, clara  
La dulce amiga del dolor llegara.

Cuando rompiendo aquel sopor María,  
Aquel plácido ensueño venturoso,  
Poco á poco sus párpados abría:  
Súbito se deslumbra, melodioso  
Timbre la hiere, célica ambrosía  
Aspira en torno, bello, majestuoso  
Gabriel ante sus ojos aparece,  
Y entre un nimbo celeste resplandece.

Consternóse la Virgen sin mancilla,  
Y las líneas trocó de su semblante:  
Cual suele alguna vez allá en la orilla  
Del navífrago mar ondisonante,  
De zagalejas tímida cuadrilla  
Sobre la muelle arena rutilante  
Solazarse, conchuelas recogiendo,  
O erizados mariscos eligiendo;

Si de repente una velera nave  
A la cercana playa se adelanta,  
Cual garza enorme de plumaje suave  
Al viento dando su tendida manta:  
El grupo inerme, que explicar no sabe  
Ese gran monstruo alígero, se espanta,  
Y de su falda cada cual deshecha,  
Pronta á huir, la marítima cosecha.

Entonces el Arcángel con dulzura  
Así la saludó: “Salve, oh María,  
Salve mil veces, singular creatura  
Que atesoras la gracia en demasía;  
El eterno Monarca de la altura  
Halló un santurrio dentro tu alma pía,  
Entre millares la escogida tu eres  
Y bendita entre todas las mujeres.”

Al eco de este insólito saludo  
La ruborosa Virgen se estremece,  
Sus castos labios desplegar no pudo,  
Un momento su mente se adormece,  
Entra después en un conflicto rudo,  
Todo en ella al brillar se desvanece;  
Mas de nuevo le habló con dulce tono  
El noble embajador del alto trono.

“¿Porque mi voz de asombro te ha llenado,  
Y en la armonía de tu interior discorda?  
De gracia ante el Eterno has alcanzado  
Un caudal que de tu alma se deborda;  
Él en tí sus delicias ha encontrado;  
Hoy la grande obra de su amor aborda,  
Y al darte de ese amor la insigne muestra,  
Hizo un esfuerzo en su potente diestra.

“Con la estirpede Adán el Verbo eterno,  
El Increado Unigénito ha de unirse;  
Quiere estrecharla con amor fraterno,  
Quiere de humanos miembros revestirse:  
Hoy en tu seno virginal, materno,  
Ese gran desposorio va á cumplirse,  
Tú misma, le darás jugos vitales,  
Tú forjarás sus miembros terrenales.

“El Hijo del Altísimo, igualmente  
Tu hijo ha ser; inmenso, poderoso  
Será como su Padre omnipotente,  
Quien de David el solio esplendoroso  
Le dará donde reine eternamente  
De Jacob sobre el pueblo numeroso;  
*Jesús* le llamarás; su mismo nombre,  
Mensaje de salud es para el hombre.”

Vigor cobró la celestial María,  
Yá la dulce confianza abrió su pecho:  
Como en el seno de la mar bravía,  
Cuando ya el sol abandonó su lecho;  
La argéntea perla, de sin par valía,  
Abre su núcleo nacarado, estrecho,  
Al astro fulgurante de oro y grana  
Que toda la enriquece y engalana.

Mas una duda, leve nubecilla,  
Ella sintió en su mente levantarse:  
¿Por ventura la Vírgen sin mancilla  
Verá languidecer y marchitarse  
Su alba flor virginal, que tanto brilla,  
Y de su aroma y galas despojarse  
Para que venga en pos el suspirado  
Opimo fruto que se le ha anunciado?

¿Y “cómo esto será?” con gran mesura  
Replica al Angel la gentil doncella,  
De nuevo sonrojada: “Siempre pura  
Fuí de viril contacto; mi alma sella  
Sigilo virginal, que me asegura  
Inestimable joya siempre en ella  
Gloria, dicha y amor hube cifrado,”  
Y respondióle el ínclito legado:

“Espíritu creador, férvido Aliento,  
Cual nube que en las horas matinales  
Se posa sobre el prado, ya sediento,  
Bajará á tí; sus auras germinales  
Fecundarán tu seno, en movimiento  
Poniendo sus espíritus vitales;  
Y el fruto que darás será por tanto,  
De Dios progenie, venerable y santo.

“Aun Isabel tu prima ya ha sentido  
Su vientre entumecer por vez primera,  
Aunque el soplo del tiempo haya teñido  
Con la nieve senil su cabellera;  
Y ya la sexta luna ha trascurrido  
Desde que el don celeste recibiera:  
Nada al potente imperio se resiste  
De la Palabra, por quien todo existe.”

Ella entónces, prestando su aquiescencia,  
Bajó la frente, y se llamó la esclava,  
La esclava del Señor, y en la presencia  
Del alígero nuncio pronunciaba  
Aquel gran *fiat*, que ya con impaciencia  
El orbe, por momentos, esperaba;  
Y luego el noble Arcángel se despide,  
Y la niebla sutil raudo divide.

Apenas va esa noche placentera  
Sin hostigarlos, guiando á sus bridones,  
Mientras declina, á su pesar, la esfera.  
Parece preparar sus ovaciones  
Al grande Huésped la creación entera;  
Bate el piélago ronco sus prisiones,  
Bosques, arroyos, aves, en su nido  
El silencio legal han infringido.

Cuando ese *fiat* magnífico escuchóse,  
A aquella gran palabra semejante  
Con que el mundo sonriendo despertóse;  
El altísimo olimpo en el instante,  
Con un fuerte vaivén estremecióse,  
Y un férvido crujido resonante  
Los palacios ebúrneos produjeron,  
Y sus puertas de súbito se abrieron.

Y luego el Verbo augusto ¡oh maravilla!  
El Eterno Unigénito descende,  
De los altos peldaños de su silla,  
Y ya la inmensidad rápido hiende  
Para vestirse de la humana arcilla;  
Su ígnea mirada en el espacio enciende  
Un vórtice de ardiente torbellino  
Que lo envuelve y escolta en su camino.

Los astros y planetas arredrarse,  
Y suspender sus órbitas ingentes,  
Y en confuso tropel acumularse,  
Y ondular en las playas transparentes,  
Y unos con otros férvidos chocarse,  
Y esparcir sus astillas relucientes,  
Al mirar á su Rey, todo fué uno;  
Ni firme en su eje se mantuvo alguno.



Del aire apenas á las regiones llega,  
Y ya el globo terrestre deslumbrado,  
A un incógnito júbilo se entrega,  
Y su dorso vastísimo erizado,  
Cual rica alfombra de verdor despliega;  
Los montes con vaivén acompasado  
Van agitando sus soberbias crestas,  
Y sus frentes graníticas, enhiestas.

Lo vió acercarse el Líbano frondoso,  
Y sus cedros altísimos crujieron,  
Inclinóse el Carmelo majestuoso,  
Los robles de Basán se sacudieron,  
Los niveos bucles del Hermón selvoso  
En su intonsa melena se fundieron,  
Al irradiar el Verbo sus amores  
En medio de vivísimos fulgores;

Y el undoso Jordán que cual serpiente,  
Se arrastra colosal por la pradera,  
De su escama entre el brillo intermitente;  
Al columbrar al Rey de la alta esfera,  
Se incorpora en su lecho transparente,  
Arrédrase en mitad de su carrera,  
Y, como en otro tiempo, hubo arrollado  
Su frenético oleaje encadenado.

También entonces por la vez segunda  
El Asfáltico Lago, el letargoso  
Escuálido pantano, (cuya inmunda  
Emanación, aliento ponzoñoso  
De su inmensa voráGINE profunda,  
Cual reto eterno hacia el empíreo hermoso,  
Se alza en lentas volutas y espirales)  
Reclamó por tributo esos caudales.

Y también (lo que nunca sucediera),  
Se vió ese denso estanque sacudirse  
Del eterno letargo en que durmiera;  
Su tez espeluznada rebullirse,  
Y su oleaje chocar en la ribera,  
Y al tumbo de esas masas, producirse  
Un prolongado, horrísono alarido,  
Como una imprecación, como rugido.

Solo en esa porción de la natura  
No se oyó nota alguna de alegría,  
Sino de rabia y llanto y desventura:  
Toda una gran generación impía,  
Infame raza, corrompida, impura,  
Yace ahí sepultada en noche umbría,  
Sin ver nunca brillar, ni en lontananza,  
El amor, la dulcísima esperanza.